

Allí, Cervantes se alista como soldado luchando, como es sabido, contra el turco en Lepanto. Alemán, que conoce también a fondo la vida de Italia, la utiliza en su novela *alstando también a su personaje en los Tercios españoles*, famosos en aquella época y en aquella península.

Vuelven al fin a España —Cervantes después de su cautiverio— y empieza para ambos la etapa de *desilusión y dolor* que une sus vidas íntimamente en la paralela indestructible del Destino.

Las andanzas por Sevilla de Mateo Alemán, el fracaso de su matrimonio, su prisión, son los eslabones duros de esta época de su vida, que le enlazan con Cervantes en esa vida azarosa de trajinante por Andalucía —la misma región de las *andezas del autor del Guzmán*—, con el fracaso de su matrimonio con doña Catalina de Palacios, con el dolor de pleitos injustos y, también, de encarcelamientos. La pobreza y la desgracia unen las almas más fuertemente. Y, en eso, Cervantes y Alemán fueron —fatalmente— seguidores de sus destinos unidos sólidamente en el puente azul del infinito.

Van pasando sus vidas; ambos tienen *un sueño dorado: América*. Pero, tristemente, no han de verlo ambos cumplido. Alemán logra *marchar a Méjico*, donde muere. Cervantes ha de seguir en cambio en España, viviendo miserablemente, para seguir aún la cadena acerba de su dolor, sufriendo afrentas a su honra por culpa de su hija Isabel, yendo, de nuevo, a la cárcel, y muriendo después en Madrid.

* * *

En 1599, y con el título de «Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache», apareció en Madrid la primera parte de la novela de Alemán, publicándose la segunda en Lisboa, en 1605, bajo el título de «Atalaya de la vida humana». Entre ambas partes —tal fué el éxito de Guzmán— *hubo una falsa continuación* por un tal Juan Martí, con el seudónimo de Mateo Luján de Sagavedra (1602). *Como ocurrió entre las dos partes del Quijote, en el año 1614, con la continuación de Alonso Fernández de Avellaneda*. Ambas —la de Alemán y de Cervantes— grandes obras, clavadas en nuestro Siglo de Oro, y como contrapisas en la balanza de la vida española.

El Quijote es la vida elevada, luchadora y «armónica» del Hidalgo español. El Guzmán es la vida baja, «mintrosa» y perezosa —de odio al trabajo— del pícaro o vagabundo.

El Pícaro es, pues, «la contraposición social del Héroe o caballero». Frente a la virtud, el vicio «roto y asqueroso»; frente al Amor, el Hambre; la Astucia frente al Valor, y, como indica G. Caballero, frente a la ilusión, el desengaño. El desengaño desde el primer momento. Pero ahora...

Ahora, y sin querer, el caballero —más o menos ilusionado— se ha burlado del pícaro —también con más o menos picardía— y le ha jugado una trastada. Se suelta el lazo: Mateo, en este centenario —¿en todos?—, queda engullido por Miguel. He aquí el pecado *cidiano* de Cervantes. ¡Perdonemos!...